

CAPITULO LXXXII.

ÚLTIMA RESISTENCIA.

Imagínese cuánta sería la extrañeza de Gambetta en el momento de recibir las horribles noticias. El primer rumor vino al Oeste por las correspondencias del *Times*, verdadera gaceta del Canciller Imperial. El gobierno de Burdeos se apresuró á desmentirlo. Hacia pocas horas que el ministro de la revolución acababa de pronunciar un discurso en Lila conjurando vigorosísimamente á todos los franceses á que pelearan con ahinco, sí, con desesperación de la propia vida, pero con esperanza firme en la inmortalidad de la patria. El vigor de su enérgica frase parecía tomar filo y corte en la adversidad, templarse en las lágrimas que silenciosamente venían á sus ojos para caer, contenidas por su viril ánimo, é invisibles á cuantos le rodeaban, como una lluvia de plomo derretido, sobre aquel gran corazón. Gambetta decía que un pueblo decidido á vivir no puede ser vencido.

Imposible describir la impresión que en ánimo tan fuerte como el ánimo de Gambetta produciría la confirmación súbita de las no-

ticias llegadas por la prensa inglesa. Un rayo hirió su frente cuando el telégrafo le dijo que el gobierno había ajustado la capitulación para la capital y el armisticio para toda Francia. Cuéntase que un ataque epiléptico le sobrecogió y que estuvo en gravísimo peligro su existencia. Burdeos se exaltó como se exaltan los pueblos meridionales, con delirio. Los edificios públicos no bastaban á contener las numerosísimas reuniones en que la suerte de Francia se discutía. Todas unánimes protestaban contra el armisticio y pedían la guerra sin tregua, la guerra á muerte. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisionados á Gambetta para sostenerle en tan amargo trance y alentarle en su enérgica fé. No pudieron verlo, porque se había encerrado, entregándose á todo el dolor de su corazón y á todas las meditaciones exigidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le impone ante su patria y ante la historia. Supremas horas aquellas. ¿Aceptaba el armisticio? Perdía su significación política, soltaba de las manos su bandera, desdecía el

ideal de su vida, abandonaba la patria á la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas suyas, cuyos viriles acen- tos recogerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posteridad le señale como un francés incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podía, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenia, con la guerra civil la division del gobierno, con la division del gobierno la division del partido republicano, con la division del partido republicano la muerte de la República, con la muerte de la República, la muerte de Francia. Horas angustiosas. Aceptar el armisticio era el propio suicidio; rechazarlo era el sacrificio de Francia. En crisis tan extraordinaria y suprema Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendrá rudamente. El armisticio en su sentir sólo seria una tregua, y la tregua una escuela de disciplina. Imposible creer que muera Francia. Y Francia votará por medio de sus representantes la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, y todos los recursos en gentes y dineros indispensables á salvar estos dos sagrados intereses que todo francés ha recibido en depósito de las pasadas generaciones, y ha de transmitir á las generaciones venideras.

Lo más triste del caso era que preguntaba al gobierno particularidades del armisticio y no recibia respuesta. Decia que viniesen á Burdeos, como habian prometido, algunos de los ministros y no llegaban. Para mayor confusion y tristeza el armisticio no se cumplia en el Este. Los prusianos, protestando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguian á los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban á Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de la bandera tricolor. Los infelices soldados de Bourbaky, despues de haber pasado unos dias horribos; despues de haber recorrido largas jornadas á doce grados bajo cero, so-

bre la nieve petrificada, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones; al tocar á la frontera de Suiza, á la tierra neutral, á la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos, y mueren á cientos fuera de combate, sin responder á la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increíble al mundo civilizado, deshonorosa para ese ejército alemán, que pretendiendo representar la más alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de la más cruel, de la más implacable barbarie. Las tierras cercanas á Suiza se hallan sembradas de cadáveres.

¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga á esta nacion tan destrozada, tan profundamente herida? Segun unos cruellísimas. Cesión de la Alsacia y la Lorena; diez mil millones de francos por gastos de la guerra; una colonia en el Asia, la mitad de la escuadra. Segun otros, cesión de la Alsacia solamente, dos millones de francos, algunas rectificaciones de fronteras provechosas para Alemania por la parte de la Lorena germánica. Hay quien, más optimista ó mejor informado, supone, en mi sentir erróneamente, que Alemania aumentará el precio de la indemnizacion y disminuirá el importe de las compensaciones territoriales contentándose con una colonia en el Africa.

Gambetta convoca la Asamblea con el propósito de que se niegue á todas estas condiciones y sostenga la guerra, más gloriosa cuanto más desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísimas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen á las varias familias pretendientes de una restauracion monárquica, puedan ser elegidos. Yo apruebo esta cláusula. Esos príncipes que creen siervos de sus privilegios la Francia, y la seducen con sus prestigiosos recuerdos, y la explotan bár-

baramente; y luego, por aumentar algunas perlas á su corona, algunos dias de gloria á sus anales, algunos títulos de orgullo á sus pergaminos, algunas preeminencias, que les ayuden á perpetuar su dominacion, desencadenan guerras como esta guerra maldita, no merecen, no, tener en los pueblos libres la dignidad de ciudadanos.

Pero Gambetta añadió á esta cláusula otra que yo altamente repruebo. Declaró incapaces para aspirar á la diputacion, á todos los ministros, á todos los senadores, y á todos los candidatos oficiales del Imperio. Es una restriccion arbitraria al sufragio universal, que no puede defenderse ni por razones de justicia ni por conveniencias de política. Si Francia al verse en el abismo de todas las desolaciones; al ahogarse en el diluvio de sangre que sobre ella ha llovido el Imperio; al tender la vista mortecina sobre las ruinas amontonadas en su privilegiado suelo, y los cadáveres amontonados en las ruinas, elige á los viles cortesanos, que despues de haberla deshonrado en la opresion, la han vendido á la conquista, Francia, falta de todo instinto nacional, es un órgano muerto, corrupto de la humanidad; y merece la suerte de Polonia; merece que su territorio sea desmembrado y maldecido su nombre. Yo creo que es injuriar á Francia, que es proseguir la política autoritaria, que es sentar un funesto antecedente ese acuerdo por el cual se votará la República, como se votó el Imperio, entre listas de proscripciones, que la República no ha menester, porque es la expresion de la justicia, y con su luz le basta para vivificar á los buenos, y deshacer, como cadáveres insepultos, á los perversos.

El Gobierno de París envió uno de sus individuos, Julio Simon, á Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocatoria, en el cual ninguna de las exclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el su-

yo, é impedido el que traian los miembros del Gobierno. En esto Bismark protesta tambien contra el decreto de Gambetta y dice que no se ha convenido el armisticio para traer una Asamblea de ese género, sino una Asamblea libremente elegida por toda la nacion y que á toda la nacion represente. Gambetta escoge la ocasion para sobreponerse al Gobierno de París, y denunciar ante Francia que los excluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismark, los que entregarian cien veces, por restaurar su dominacion propia, al conquistador, en girones, la patria.

En verdad que Francia corre gravísimo peligro. Nunca fué tan grande el eclipse de un pueblo. En las inmensas y riquísimas salas de Versalles, bajo aquellas bóvedas á cuya sombra Francia ha reunido los simulacros de sus glorias militares, coronado por la terrible sentencia de Luis XIV, «solo el rey gobierna,» en la cual se halla contenido todo el absolutismo, los magnates de Alemania han proclamado al rey Guillermo de Prusia Emperador, á Guillermo de Prusia, que presenta todas las insignias imperiales, huesos humanos por cetro, incendios por resplandores, ruinas por trofeos, cráneos apilados que sirvan de gradas á su trono, y Océanos de sangre en que teñir su manto de púrpura, digno sudario de un pueblo suicida.

Ese Imperio tiene que sentarse sobre el cadáver de una nacionalidad, y se sienta sobre el cadáver de Francia. Lo único que en esta triste noche de la conciencia humana, á cuyas sombras una grande nacionalidad ha sido asesinada, lo único que nos consuela, es pensar que los pueblos resucitan como el Cristo del Evangelio. Ese Emperador Guillermo ha pasado dias de su juventud, errante, sin corona, sin patria, porque otro Emperador, cien veces más conquistador y más glorioso que él, destrozaba el reino de Prusia bajo las herraduras de su caballo de guerra. Y Prusia resucitó, y Prusia se vengó. ¿Por

qué no resucitará Francia? ¡Ay, Emperador de Alemania, ay de los tuyos el día de su venganza!

Y han sufrido horribles calamidades los pobres soldados franceses. No pueden leerse, no, sin verdadero enternecimiento las cartas escritas desde Suiza, refiriendo su horrible retirada. El aire es glacial; ingrato y áspero el suelo; ricasas las sendas; los pinos y abetos cargados de nieves, al paso de los fugitivos que los hacen cimbrarse, llueven copos en forma de artificiales ventisqueros; y los caballos caen muertos de frío, de necesidad, sin poder dar el auxilio de sus fuerzas á los infelices vencidos, los cuales parecen esqueletos más que hombres, sí, esqueletos ambulantes. Unos llegan sin morrion, otros sin zapatos, todos demacrados y pálidos. A través de los girones de sus uniformes desgarrados muestran las carnes heridas, amoratadas, cubiertas de sangre. Cuando vuelven la vista atrás, como para mirar la patria de que huyen, descubren su camino trazado por los despojos, que han ido tirando en la fatiga, ó por los caballos tendidos y exánimes que han ido muriendo al frío y al hambre. Con los militares de línea y los ginetes desmontados se mezclan franco-tiradores que parecen sombras. Un día entero han tardado en desfilar desde Francia á Suiza, y á las diez de la noche llegan los últimos dando diente con diente, transidos de frío, espirantes de fatiga, y con la tristeza en el alma exaltada por el odio y por la cólera hasta la demencia. En tal desolacion habria para dudar de Dios, si á los dos lados de las vías suizas no aparecieran los buenos campesinos helvéticos, llevando en una mano la cesta del pan y en la otra el jarro del vino, cociendo en grandes hogueras rico caldo y nutritiva sopa; y lo que es más, consolando las almas de aquellos infelices para que no crean perdidos por siempre en la tierra los sentimientos de compasion y de humanidad que son los tímbrs más gloriosos de nuestra especie, y que parecen disi-

parse en los sangrientos huracanes de la guerra.

Estas desconsoladoras noticias que van á Burdeos, bastan para que Gambetta justifique su actitud intransigente y reconenga á Julio Simon y al gobierno de París por su armisticio. Cuando llega el momento de la entrevista, Julio Simon se lanza en brazos de sus colegas, sollozando, perseguido, acosado por el recuerdo de los horribles cuatro meses que acababan de pasar sobre París. Luego que se calmó un poco, empezaron las explicaciones. La guarnicion de París estaba formada de tropas desbandadas, recogidas tras la catástrofe de Sedan; y tropas bisoñas, sin educacion militar, sin disciplina, incapaces por el pronto de medirse con los ejércitos prusianos. No podian, pues, impedir los primeros trabajos del sitio. Apenas llevaban de ejercicio un mes, cuando fueron al fuego, y á los primeros disparos del enemigo, se desbandaron tristemente. Fué preciso resignarse á foguearlas, á regirlas con severidad, y disciplinarlas con tiempo. Pasaron dos meses; intentóse la salida de Duerot, y el esfuerzo fué grande; más la última salida, la del diez y nueve de Enero, se resolvió por suprema é ineficaz desesperacion.

En esto venia el hambre á cernerse sobre dos millones de criaturas humanas. Los caballos se habian acabado. Ya sólo quedaban aquellos indispensables á los trabajos públicos. Los molinos apenas daban la molienda indispensable al día. Una bomba caída en una fábrica de harinas, podia extinguir toda esperanza de alimentacion y matar de hambre á los sitiados. Imposible tener gas. Difícil procurarse el combustible. Desaparecian los árboles, desaparecian las puertas y ventanas, París se helaba en el invierno más crudo de este siglo. ¿Qué hacer?

Los mercados públicos parecian cuevas de alimañas carniceras. Perros, gatos, ratas, los animales del jardin de plantas; nada habia al hambre de la colosal ciudad. Las enferme-

dades se habian desplegado de una manera horrible, y los aires convirtiéndose en laboratorio de la peste y de la muerte. Corrompióse la sangre, brotaban las viruelas, venia el tífus, rebosaban de cadáveres los cementerios. Si un día la capitulacion se aplazaba, moria la ciudad entera, por la dificultad para proveerla, aun despues de abierta, entregada y rendida.

A estas consideraciones de Julio Simon, Gambetta nada opuso; pero reconvinó amargamente al Gobierno de París por el armisticio, por la excepcion del Este; por la inmovilidad á que fué condenado el ejército francés mientras era libre en sus movimientos y en sus ataques al ejército prusiano; por la retirada forzosa de Garibaldi, despues de su admirable encuentro de Dijon, y cuando reforzado por cincuenta mil hombres, iba á cojer entre dos fuegos al ejército prusiano. La respuesta de Julio Simon fué la dura ley de la necesidad, el convencimiento de que todo estaba perdido, la inflexible y suprema victoria de los prusianos y el desangramiento y definitiva rota de Francia. A tal convencimiento en el Gobierno de París nada podia objetar el gobierno de Burdeos. Si la paz era el supremo recurso, Gambetta debia desaparecer y desapareció en efecto del gobierno. Nadie puede dudar que al irse, con él se va toda energía revolucionaria, con él toda apelacion al combate, con él toda esperanza

de victoria. Su grande alma no puede creer que haya muerto Francia; no puede creer que se hayan esterilizado las entrañas de la República. Está fé en el universal descreimiento, esta esperanza en la desesperacion universal dan á Gambetta el título triste pero sublime del último francés. Hasta él, hasta su grande alma no ha llegado el frío de esta decadencia. Ese y no otro será el secreto de su fortuna futura, y del nombre que ha de tener en la historia.

Mientras tanto los ejércitos prusianos, presididos por sus banderas blancas y negras como su sudario, del cual grandiosa águila, gigantesca ave de rapiña, se desprende, van tocando marchas guerreras entre ruinas hacinadas; entre rastros de sangre que aun no ha bebido la tierra; entre pueblos derruidos, que parecen víctimas de una erupcion, de un terremoto, de esas catástrofes que sólo puede producir en sus fuerzas destructoras la naturaleza; van, van ébrios de victoria á ocupar el Monte Valeriano, la nueva fortificacion de la gran ciudad ó la catedral de San Denis, el panteon de los antiguos reyes; y donde quiera que la vista de tales vencedores se convierte, colúmbranse cadáveres insepultos, podridos, que exhalan de sus restos la muerte, y que atraen nubes de cuervos, no tan carniceras como los ejércitos, ni tan siniestros como los conquistadores.